

SALVADO POR SU PERRO

Donaldo estaba a la orilla del lago con sus hermanas y sus amigos, y se estaban divirtiendo muchísimo. Algunos estaban remando. Otros pescaban.

Donaldo, aunque sólo tenía cuatro años, era un niño muy aventurero y se animaba a meterse en el agua con los demás tan hondo como le permitían sus pantalones cortos, porque le habían dicho que no debía mojárselos.

Jugando a la par de los niños estaba Sultán, un perro hermoso, alegre y divertido, que Donaldo quería muchísimo.

De pronto, Donaldo cayó en un profundo pozo y desapareció bajo la superficie del agua. Una de las chicas lo vio hundirse y comenzó a gritar. Pronto todos estuvieron gritando a más no poder.

Nadie sabía qué hacer, y dos o tres corrieron cruzando los campos a buscar a los padres de Donaldo. El resto quedó en la orilla, llorando y gritando con desesperación.

El único que conservó la calma fue Sultán. De un vistazo comprendió la situación, y dando un gran salto se lanzó al rescate de su pequeño compañero. Con fuertes brazadas de sus grandes patas nadó hasta el sitio donde se había hundido Donaldo, y cuando éste salió a la superficie, tomó con sus dientes la parte de atrás de sus ropas y comenzó a nadar hacia la orilla.

Al llegar a ella, algunos de los chicos se adelantaron para tomar a Donaldo, pero Sultán se hizo a un lado y comenzó a caminar, con Donaldo colgando de sus dientes, hacia su casa. Había cruzado ya dos campos cuando encontró a los padres de Donaldo que corrían hacia el lago. Los dos venían sin aliento y muy asustados, seguros ya de que su precioso Donaldo tenía que haberse ahogado. Puedes imaginarte su sorpresa cuando vieron llegar a Sultán con su preciosa carga en su boca.

Con cuidado bajó a Donaldo frente a los padres, y luego quedó allí gimiendo, como si no estuviera seguro de haber rescatado a tiempo al muchacho.

Los padres se arrodillaron junto al cuerpo y trataron de reanimarlo. Les llevó bastante tiempo, pero sus esfuerzos se vieron recompensados cuando por fin Donaldo abrió los ojos, y comprendieron que se pondría bien.

¡Cuán felices se sintieron todos, incluyendo a Sultán! Tendrías que haberlo visto moviendo la cola con todas sus fuerzas, mientras encabezaba la procesión hasta la casa. Había cumplido con su deber, y se sentía justamente orgulloso. Y la cena que recibió esa noche superó por lejos lo que alguna vez hubiera podido imaginar en sus más fantásticos sueños de perro.